

INFLUENCIA DEL CONTEXTO FAMILIAR EN LAS CONDUCTAS ADOLESCENTES

Marta Montañés, Raquel Bartolomé, Juan Montañés,
Marta Parra.

Resumen.

La conquista de la autonomía adolescente puede llevar consigo la ruptura familiar, pero también es posible alcanzar la autonomía sin que se produzca el conflicto intergeneracional. Autonomía y continuación de relaciones estrechas con los padres no son excluyentes. Frente al mito del conflicto intergeneracional, la literatura científica confirma las buenas relaciones actuales entre los adolescentes y sus padres. Se ha comprobado que el estilo educativo democrático de los padres, donde hay un equilibrio entre control y autonomía, muestra su eficacia en el desarrollo óptimo del adolescente y en la menor probabilidad de comportamientos problemáticos. Se estudian las variables del contexto familiar que actúan como factores de riesgo o de protección ante las conductas problemáticas de los adolescentes y que cobran una gran relevancia a la hora de plantear programas de prevención en este campo. No obstante, la falta de resultados consistentes hace pensar que son necesarios más estudios longitudinales al respecto.

1.- La autonomía adolescente.

En condiciones normales los niños y las niñas pasan por un largo periodo de buenas relaciones con las figuras de apego, pero en la adolescencia esta relación entra en crisis debido a la conquista de la autonomía frente a las figuras de apego. Una crisis que puede ser conflictiva o pacífica, pero que siempre implica un cambio profundo en el sistema de relaciones entre padres e hijos. Los conflictos son escasos si los padres ayudan a sus hijos a conseguir la independencia, mientras que se incrementan cuando aquéllos intentan mantener un control absoluto sobre éstos (Miranda y Pérez, 2005).

La conquista de la autonomía adolescente y el cambio de relaciones familiares vienen condicionados por el paso del pensamiento operacional concreto al operacional formal. Desde un pensamiento sobre realidades concretas, como puede ser la familia, a un pensamiento formal, que permite abordar no sólo el mundo real sino también el mundo posible, de forma que no sólo perciben a su familia tal y como es, sino también como podría ser. Ello da lugar a una actitud crítica y más realista hacia sus padres: los padres podrían ser de otra forma o existen otras posibles relaciones con ellos. La nueva percepción de los padres, unida a la autonomía emergente de los adolescentes, los estimula a desafiar las opiniones y decisiones parentales que antes se acataban sin discusión, no porque ya no quieran y respeten a sus padres, ni porque se hayan vuelto rebeldes, sino porque es natural y saludable para ellos afirmarse a sí mismos como individuos, que no desean ser tratados como niños (Kimmel y Weiner, 1998).

El pensamiento formal, que caracteriza al adolescente, también puede desembocar en una especie de egocentrismo, que impulse al joven a someter toda realidad, también la familiar, a sus propias reflexiones y a identificar sus propios pensamientos y preocupaciones con los de la sociedad, en el sentido de pensar que lo que a él le preocupa es lo que le preocupa o debería preocupar a los demás, y lo que él piensa es lo que piensan o deberían pensar todos. De ahí a mostrarse rebelde contra todo intento de

disonancia en este sentido, o a ignorar los planteamientos de sus padres o de los adultos con los que no coincide, no hay más que un paso. Estos cambios se han explicado mediante la hipótesis del distanciamiento, que se ha visto confirmada en numerosas investigaciones en las que se ha puesto de manifiesto que la pubertad viene acompañada de un debilitamiento del vínculo con los padres, de un aumento de los conflictos familiares, y de una mayor implicación de los adolescentes en la toma de decisiones. Esta transición es cognitiva, pero también social, lo que permite al adolescente ampliar sus relaciones sociales: conoce otros padres y estilos parentales de comportamiento, tiene otras referencias que le hacen ser más crítico y menos idealista respecto a su familia. De esta forma los adolescentes adquieren una visión más madura y realista de sus padres, no necesariamente conflictiva, pero que puede serlo en función de cómo se armonice su deseo de autonomía con la realidad de su dependencia de los padres.

Muchos estudios afirman que es posible alcanzar la autonomía sin que se produzca la ruptura con la familia, y destacan la importancia de la interdependencia y la conexión entre padres y adolescentes. Ser un individuo autónomo y mantener una relación interdependiente con los padres es posible y no excluyente; más bien, la autonomía y la interdependencia son dos rasgos complementarios del crecimiento normal en la familia durante la adolescencia, aunque tenga diversas contradicciones (Coleman y Hendry, 2003; Kimmel y Weiner, 1998).

Las investigaciones sobre el apego han demostrado que la vinculación afectiva de los adolescentes con sus padres es positiva para ellos, sobre todo si se ha desarrollado un apego seguro. El apego seguro facilita el bienestar y el ajuste social del adolescente, además de ser un factor protector de los comportamientos problemáticos. Por el contrario, el apego evitativo favorece el distanciamiento mutuo padres-adolescente, lo que reduce la influencia de los padres sobre los hijos; el apego ansioso-ambivalente genera en la adolescencia comportamientos de búsqueda mezclados con sentimientos de enfado hacia los

padres; y el apego desorganizado provoca miedo y desorientación en las relaciones familiares (Santrock, 2003).

El desarrollo de la autonomía en las relaciones familiares es una tarea clave para el adolescente y nada sencilla de alcanzar. Los conflictos surgen porque padres y adolescentes están intentando llevar a cabo sus tareas evolutivas: los padres promoviendo normas y conductas que mejoren el comportamiento y la adaptación familiar de los adolescentes; éstos reclamando autonomía y una relación más igualitaria (Rodrigo, García, Márquez y Triana, 2005). Que haya o no conflictos dependerá, entre otras, de características asociadas a los padres y a los adolescentes.

Las reacciones negativas de los padres ante el proceso de autonomía del hijo adolescente tiene diversas explicaciones (Lutte, 1991): los padres todavía se sienten útiles para su hijo y el deseo de autonomía de éste les desilusiona; creen conocerle bien, y temen dejarle indefenso para afrontar la vida; los años de convivencia durante la niñez les impide darse cuenta de que su hijo ha cambiado y que hay que tratarlo de otro modo, abandonando los estilos autoritarios en favor de otros más democráticos.

Por otra parte, los padres están influidos por el modo en que sus hijos aprovechan las oportunidades: cuanta más competencia demuestran los jóvenes para controlar sus propios asuntos, más se inclinan los padres a otorgarles superiores cotas de autonomía; y, a la inversa, cuanto más infantiles e irresponsables sean, mayor es la resistencia de los padres a ofrecerles autonomía (Kimmel y Weiner, 1998).

La familia ha sido y continúa siendo uno de los contextos educativos, socializadores y de transmisión de valores más importantes que tiene no sólo el niño, sino también el adolescente. De ahí la necesidad de mantener la conexión padres-adolescente. Ciertamente esta conexión no puede ser la misma una vez que se inicia el proceso de autonomía del adolescente. Por lo que es necesario cuestionarse si es posible armonizar autonomía y conexión, o necesariamente la familia en este momento se ve abocada al conflicto intergeneracional.

2.- El conflicto intergeneracional

La adolescencia implica un proceso de desarrollo que impulsa al joven a tomar sus propias decisiones sobre cómo pensar, sentir y actuar. Las decisiones más importantes y difíciles de tomar en su vida son en primer lugar las referidas a temas familiares, seguidas de las que tienen que ver con sus amistades, estudios y sentimientos (Gambara y González, 2005). Los adolescentes están convencidos de que pueden tomar decisiones a edades más tempranas de lo que consideran sus padres. Esta discrepancia influirá en la conducta de los padres hacia sus hijos y viceversa, lo que podría afectar a sus relaciones afectivas y hacer más probable la aparición de conflictos entre ellos.

Frente a la opinión generalizada de que los adolescentes viven en un continuo conflicto con la familia, las investigaciones muestran claramente unas buenas relaciones. Existen pocos datos que apoyen la idea de un conflicto de gran amplitud entre generaciones. Esto no significa que no haya diferencias entre ellas y que en algunas familias, las menos, haya elevados niveles de conflicto (Coleman y Hendry, 2003), pero en las familias normalizadas el grado de conflictividad es bajo (Rodrigo, García, Márquez y Triana, 2005).

Muchas investigaciones confirman las buenas relaciones entre padres y adolescentes. Para el 70.2% de los jóvenes españoles la familia es lo más importante en sus vidas, muy por encima de los amigos (Elzo y otros, 1999). La mayoría, tanto chicas como chicos y en todas las franjas de edad, consideran que la familia es el espacio donde se dicen las cosas más importantes. El 80 % concibe a la familia como espacio seguro de estabilidad (Elzo, 2000). Otras investigaciones interculturales confirman las buenas relaciones entre los adolescentes y sus familias (Serrano, El-Astal y Faro, 2004), y la importancia de las mismas para el bienestar psicológico de los adolescentes (Calderón, 2008).

En general los jóvenes españoles se sienten razonablemente contentos con su familia. Su concepto de familia es bastante positivo, destacando significativamente en ella las características

de coresidencia, ayuda, apoyo, comprensión y lazos sanguíneos (Hernández, Triana y Rodrigo, 2005). En sus relaciones con la familia, la mayoría de los jóvenes se siente libre en todas las grandes cuestiones ideológicas (opciones políticas, religiosas, sexuales...), y sólo percibe una mayor conflictividad familiar en el ámbito de lo cotidiano (dinero, horarios, tareas domésticas). De hecho, únicamente el 14% confiesa tener peleas con sus padres (Elzo y otros, 1999; Miranda y Pérez, 2005).

Entre las razones de esta menor conflictividad se apuntan: a) en este momento los padres no tienen la pretensión de legar a sus hijos un determinado planteamiento ideológico, sino que más bien defienden una neutralidad axiológica. A pesar de ello, la familia sigue teniendo una gran fuerza socializadora, especialmente en los primeros años de la vida de los adolescentes, en el campo de los valores (Elzo, 2000); b) se constata un acercamiento ideológico entre padres e hijos, lejos del abismo generacional de hace décadas; c) temas como la religión, la política o la sexualidad son raramente abordados en el seno de la familia, lo que da a entender que hay mucha coexistencia pacífica y no necesariamente tanto de profundidad en las relaciones. Que la convivencia sea más fácil se debe en parte a que los padres son más tolerantes y flexibles, y a que los adolescentes se han hecho más acomodaticios a una situación que les va bien (Palacios, Hidalgo y Moreno, 1998).

El tema de la sexualidad adolescente es un ejemplo de lo dicho anteriormente. Muchos adolescentes consideran la conducta sexual como una cuestión de conciencia personal, algo que es propio de su intimidad y, por tanto, no materia de comunicación con sus padres. Además las primeras sorpresas o evasivas de los padres a sus interrogantes hacen que los adolescentes tomen conciencia de que se encuentran ante una materia especial y reservada. Poco a poco se va abriendo una barrera de silencio con los padres sobre esta cuestión. Éstos, por su parte, se mueven entre el miedo a los comportamientos sexuales de sus hijos y la

ignorancia o la vergüenza a tratar el tema con ellos. Todo ello da lugar a que determinadas cuestiones no se aborden en el ámbito familiar y ello devenga en unas relaciones menos conflictivas.

Por último, conviene señalar que en la relación padres-adolescente la presencia de conflicto en sí misma no tiene que ser motivo de alarma, más bien es fundamental en el proceso de socialización familiar. El conflicto es inevitable en las relaciones humanas. El afrontamiento del conflicto, no su evitación o aparente eliminación mediante la sumisión de una de las partes, favorece el desarrollo psicosocial y fomenta los vínculos positivos (Miranda y Pérez, 2005; Rodrigo, García, Márquez y Triana, 2005).

3.- Estilos educativos de los padres y adolescencia

Las relaciones de los padres con los adolescentes y la existencia o no de conflictos, están muy condicionadas, no determinadas, por los estilos educativos empleados dentro del contexto familiar. Utilizando el modelo de Baumrind (1991), existen tres estilos educativos diferentes de los padres en el ámbito familiar (Kimmel y Weiner, 1998; Santrock,; 2003; Coleman y Hendry, 2003; Ceballos y Rodrigo, 1998; García, Ramírez y Lima, 1998):

Estilo autoritario: No utiliza el afecto y el apoyo. Se basa en el control firme, la imposición de normas y el uso de castigos. Los padres que utilizan este estilo pueden favorecer valores deterministas y de conformidad, e inhibir valores de autodirección y estimulación. Al adolescente sólo se le exige sumisión ante la norma impuesta, de forma que no hay un proceso de integración de la misma como propia y sus efectos son poco duraderos.

Estilo democrático: Tiene como principios básicos el respeto, la exigencia adecuada, el castigo razonable, el control firme, la negociación y explicación de normas, y el refuerzo de los comportamientos deseados más que el castigo de los no deseados. Los padres democráticos promocionan valores de autodirección y valores prosociales. La interiorización de normas y de valores requiere que el hijo no sólo capte el mensaje de los padres, sino que además lo haga suyo y lo utilice.

Estilo permisivo: Se caracteriza por la falta de control y de límites, la tolerancia y la renuncia a influir en los hijos. Los padres permisivos fomentan valores de autodirección como la autonomía y la independencia e inhiben valores prosociales como la solidaridad o la justicia.

Posteriormente el estilo permisivo se ha dividido en dos: indulgente e indiferente:

Estilo indulgente: Tiene un comportamiento benigno y pasivo, probablemente sin normas y sin expectativas elevadas para sus hijos, no considera importante al castigo. Cree que la confianza y la democracia en las relaciones padres-adolescentes son beneficiosas.

Estilo negligente: Ni tiene control sobre sus hijos, ni se preocupa por ellos. Se desentiende de su responsabilidad educativa y desconoce lo que hacen los hijos.

Conviene señalar que muchos padres no utilizan un solo estilo educativo, sino una combinación de ellos en función de las circunstancias y el momento.

Los adolescentes educados por padres democráticos son los que reciben una influencia más positiva de la familia: desarrollan mejores habilidades sociales, son más autónomos y responsables, puntúan mejor en autoestima, tienen una mejor planificación del futuro, trabajan por recompensas a largo plazo, adquieren una moral autónoma, tienen límites y reglas pero también apoyos, y mayor probabilidad de evitar comportamientos de riesgo como tomar drogas o actividades sexuales precoces. Los adolescentes educados por padres autoritarios se caracterizan por lo contrario: pocas habilidades sociales y comunicativas, obediencia y conformidad, poca iniciativa, baja autoestima, moral heterónoma, planificación impuesta y necesidad de refuerzos a corto plazo para el trabajo. Los adolescentes educados por padres indulgentes a veces son menos maduros, más irresponsables, tienen buenas habilidades sociales con los iguales, alta autoestima, nula planificación y trabajo y mayor riesgo de abuso de drogas. Los adolescentes educados por padres negligentes gozan de escasas

habilidades sociales, nula planificación, baja autoestima, estrés psicológico y problemas de conducta.

La práctica educativa, por tanto, se mueve entre el afecto y el control (Musitu y otros, 1994). Los adolescentes que gozan en su familia de un clima afectivo tienden a mostrar un mejor ajuste y desarrollo psicosocial, más autoestima, y mayor competencia conductual y académica. Los adolescentes que sufren un mayor control suelen tener un mayor ajuste escolar y una menor implicación en actividades antisociales, aunque también, si éste es excesivo, puede dar lugar a problemas de conducta y de rebeldía. La educación familiar de los adolescentes, basada en una atmósfera de control y centrada en el cumplimiento de normas impuesta unilateralmente por los padres, aunque parta de supuestas necesidades de los hijos, puede resultar perniciosa; tanto más si no va acompañada de afecto sino de hostilidad, o implica castigos (Ceballos y Rodrigo, 1998).

En consecuencia, se podría concluir que el estilo democrático, en el que se da un equilibrio entre control y autonomía, es el que mejor fomenta el bienestar y el desarrollo óptimo del adolescente (Miranda y Pérez, 2005); y que no son estrategias educativas recomendables ni exigir mucho a los hijos adolescentes, ni desentenderse completamente de ellos (Santrock, 2003).

Algunos autores han visto la necesidad de distinguir entre ser padre y ser madre a la hora de explicar las relaciones de los padres con el adolescente: las madres parecen desempeñar un rol diferente y más íntimo que los padres tanto con los hijos como con las hijas durante la adolescencia, basado en el apoyo, el interés y el compromiso en la tarea de educar a sus hijos e hijas (Coleman, 2003).

Las relaciones que mantienen los adolescentes con los padres dependen de muchas variables, entre ellas, ser padre o madre, pero también de la forma en que el adolescente percibe a su padre y a su madre. Hay seis prototipos distintos de percepción de la figura paterna y cinco de figura materna (Elzo, 2000): a) El padre ausente, normalmente por razones de trabajo, que antes era normal, pero

ahora los adolescentes no ven bien porque consideran que el padre también tiene que asumir su responsabilidad en la educación de los hijos. Muchos padres ante la nueva responsabilidad se encuentran desorientados, sin saber muy bien qué hacer al no disponer de modelos de su propia adolescencia para ahora reproducirlos. b) El padre que mira a otro lado, despreocupado, que ha dimitido de la labor de educar. La mayoría de los adolescentes lamentan esta situación, aunque también los hay que parece que la prefieren. c) El padre superprotector, que siente miedo por sus hijos. Las chicas suelen percibir más la preocupación de los padres que los chicos. d) El padre compañero o amigo, complaciente, cómplice, frente a la madre. Hay más chicos que chicas que tienen esta percepción de un padre, que en definitiva no es padre. e) El padre que provoca pena y al que el adolescente no le cuenta nada para que no sufra. f) El padre-padre, que quiere ejercer de padre, que desea que se discutan las cosas más importantes en el seno de la familia, que se siente razonablemente satisfecho con su rol de padre, consciente de sus posibilidades y limitaciones, y que reconoce la inevitable y necesaria emancipación de los hijos. Se constata que hay muchos chicos y chicas que mantienen excelentes relaciones con estos padres, con quienes hablan de casi todo, exceptuando algunos temas como los sexuales. En cuanto a los prototipos de madre encontramos: a) La madre ausente, hoy una realidad en las familias españolas debido a la incorporación de la mujer al trabajo. Los adolescentes, más las hijas, sienten esa ausencia de forma negativa y lo manifiestan de diversas formas. b) La madre amiga, confidente y cómplice. Es un prototipo habitual con el que se mantienen relaciones generalmente positivas y cariñosas, aunque ciertos temas no se hablen entre ellos. c) La madre preocupada, metomentodo es otra figura de madre muy habitual para los adolescentes. El adolescente suele mantener buenas relaciones con su madre, pero le oculta cosas para evitar que le agobie y le haga continuas preguntas, con lo cual queda perjudicada la comunicación. d) La madre humillada y minusvalorada. Las relaciones madre-adolescente son pobres y

negativas. e) La madre-madre, que no es una amiga, sino más que una amiga, que puede decir no, incluso con más rotundidad que el padre. Las nuevas condiciones sociales y el protagonismo que está adquiriendo la mujer fuera de la familia ayuda a resaltar el papel de la madre-madre dentro del seno familiar.

En función de la percepción que tienen de su padre y de su madre, los adolescentes se comunican más o menos con ellos, aunque en general hay cuatro grandes temas que los adolescentes ocultan a sus padres: sus relaciones sexuales, el uso del tiempo libre, el consumo de alcohol y drogas y los pequeños hurtos que realizan con frecuencia.

5.- Factores de riesgo y protección asociados a la familia y conductas problemáticas y delictivas adolescentes.

Existe una gran preocupación por las conductas problemáticas adolescentes, tanto por el daño que hacen a otros o al conjunto de la sociedad, como por el riesgo que suponen para los propios adolescentes. Entre los factores explicativos de estos comportamientos están los relacionados con la vinculación social. Por ejemplo, las relaciones con la familia. Los factores de riesgo y protección no indican causalidad, sino que constituyen condiciones, en este caso del entorno familiar, que predicen una mayor o menor probabilidad de desarrollar un comportamiento (Hawkins et al., 1998). Entre las dificultades que tiene el estudio de los factores están: que es difícil saber si un determinado factor es indicador de una conducta problemática o es una posible causa de la misma; y que es difícil distinguir los efectos de un factor cuando en realidad los factores interactúan entre sí incrementando la vulnerabilidad o la resistencia a ciertas condiciones de riesgo (Bartolomé, 2001).

Un estudio mediante autoinforme (Barberet, Rechea y Montañés, 1994; Rechea, Barberet, Montañés y Arroyo, 1995) ha permitido aventurar un posible perfil de adolescente implicado en conductas problemáticas: varón, nivel de estudios más bien alto, estudia y trabaja, de familia monoparental, pasa tiempo libre con amigos pero recibe poco apoyo de ellos y sus padres no saben

dónde va cuando sale. Uno de los datos relevantes encontrados en este estudio es la existencia de un control familiar mínimo sobre las conductas adolescentes estudiadas. La familia sólo detecta algunas transgresiones contra la propiedad y las conductas violentas y problemáticas, y la policía parece más efectiva ante las drogas y las conductas delictivas. En general, el control no llega al 10% de las conductas estudiadas y admitidas por los jóvenes.

La mayoría de los estudios realizados coinciden en señalar que un mal control de los padres sobre qué están haciendo sus hijos, dónde y con quién, está relacionado con diversos comportamientos de riesgo de los adolescentes, como la delincuencia, las drogas o el mal rendimiento académico. Aunque algunos autores apuntan a que más que el control, la variable clave es la comunicación con los padres (Coleman y Hendry, 2003). Los padres pueden controlar a sus hijos si saben donde están, y lo saben si sus hijos se lo cuentan. El control y la supervisión están en función más del flujo de comunicación del joven hacia el progenitor, que en función de si éste toma la iniciativa y busca información sobre las actividades del adolescente. De ahí la importancia de establecer buenos cauces de comunicación padres-adolescente para prevenir determinados comportamientos.

En el caso concreto de la delincuencia juvenil, las variables familiares consideradas factores de riesgo son: los conflictos familiares; padres delincuentes, crueles, negligentes, castigadores, con débil supervisión del hijo y disciplina errática (muchas órdenes y muy vagas); que no perciben la conducta desviada del hijo o son ineficaces para cortarla; que son propensos a dar refuerzos positivos a la conducta desviada del hijo. También se consideran factores de riesgo, aunque con una menor consistencia: el tamaño grande de las familias y la pobreza (Rutter y Guiller, 21).

En el consumo adolescente de drogas se ha comprobado que uno de los predictores más poderosos de consumo es el mantener vínculos más estrechos con los amigos que con la familia, amigos que consumen drogas, que hablan mucho sobre ellas y que muestran actitudes favorables o permisivas hacia las

mismas. El papel de la familia, sin embargo, no parece que sea un factor determinante del consumo de drogas por el adolescente. Se ha encontrado correlación, pero no en todos los estudios, entre el consumo adolescente de drogas y ciertas características familiares como el nivel social alto, la conflictividad familiar (padres separados, familia monoparental...), la permisividad familiar, la falta de apoyo familiar y el abuso físico (Calafat, 1999).

En una muestra española se confirma que las variables familiares que pronostican de forma significativa el consumo de drogas durante la adolescencia son la existencia de conflictos familiares, una pobre comunicación familiar, el consumo familiar y un estilo educativo parental permisivo (Villar, Luengo, Gómez y Romero, 2003). Curiosamente, se ha visto también que la existencia en el seno de la familia de normas explícitas con respecto al uso de drogas distintas al alcohol o al tabaco son predictores de un mayor riesgo de consumo de alcohol y tabaco, ya que el adolescente puede interpretar que este tipo de drogas (alcohol y tabaco) son menos peligrosas al no ser expresamente rechazadas por sus padres.

Como factores protectores familiares relacionados con un bajo índice de consumo de drogas, conductas antisociales y violencia durante la adolescencia están entre otros: avisar cuando salen sobre dónde van, con quién van y qué van a hacer, tener un límite para volver por la noche, llevarse bien con el padre y con la madre, hacer cosas divertidas dentro del contexto familiar, ser escuchados por los padres y tomar parte en la toma de decisiones, ser elogiados y reforzados por los padres, y percibir el interés de los padres (Montañés, Bartolomé y Fernández-Pacheco, 2008). Otros estudios ya habían confirmado la influencia de variables familiares como factores protectores del consumo de drogas: la cohesión familiar, la comunicación y el apoyo de los padres, la relación positiva, los vínculos afectivos estrechos, el establecimiento de normas, el acuerdo de los padres en temas educativos, la actitud no permisiva de los padres respecto al consumo de drogas y la desaprobación familiar del uso de drogas (Calafat, 1999; Muñoz-

Rivas y Graña, 2001; Rodrigo y otros, 2004). Factores que se ha comprobado que se pueden optimizar mediante la mejora de las habilidades educativas de los padres (Ramos y otros, 2008).

Por último, señalar que los efectos del divorcio sobre los hijos adolescentes no están nada claros. Se han encontrado efectos negativos como el aumento del riesgo de trastornos emocionales y de conductas problemáticas, pero también que el divorcio no es necesariamente una experiencia negativa para los adolescentes, si le ayuda a la liberación de un conflicto constantes y le aporta mayor autonomía y responsabilidad en la familia. De hecho la mayoría de los adolescentes muestran un buen ajuste psicológico después de los dos primeros años de la separación de los padres. Aunque el divorcio siempre es una experiencia estresante, las reacciones adversas son temporales, especialmente entre los adolescentes que previamente estaban bien adaptados y son capaces de mantener el contacto con ambos padres sin tener que forcejear con lealtades divididas. La falta de resultados consistentes hace pensar que son necesarios más estudios longitudinales sobre esta cuestión, y que los perfiles evolutivos de los adolescentes después del divorcio de los padres pueden ser muy diferentes en función de múltiples variables relacionadas con el adolescente, con los padres y con el propio proceso de separación (Kimmel y Weiner, 1998; Coleman y Hendry, 2003; González y Triana, 1998). El que los padres divorciados vuelvan a casarse y reconstruyan la familia tampoco tiene necesariamente un efecto negativo sobre el adolescente. Puede ocurrir incluso que los adolescentes de familias reconstruidas puedan encontrarse mejor que los hijos de padres divorciados cuando el que tiene la custodia no se vuelve a casar.

BIBLIOGRAFÍA

Calafat A. (1999) Matriz de predictores del consumo de drogas durante la adolescencia. *Idea Prevención*. 18: 66-77.

Barberet, R., Rechea, C. y Montañés, J. (1994) Self-Reported juvenile delinquency in Spain. En J. Jurger-Tas, G-J. Terlouw and M. W. Klein (eds) *Delinquent behavior among young people in the western world* (238-266) Amsterdam: Kugler Publications.

Bartolomé, R. (2001) *Delincuencia juvenil femenina*. Tesis doctoral. UCLM.

Baumrind, D. (1991) The influence of parenting style on adolescent competence and substance use. *Journal of Early Adolescence* 11, 56-95.

Calderón, s. (2008) La satisfacción vital de adolescentes inmigrantes en España. *International Journal of Developmental and Educational Psychology* 1 (4) 209-218.

Casco, F.J. y Oliva A. (2005) Valores y expectativas sobre la adolescencia: discrepancias entre padres, profesores, mayores y adolescentes. *Infancia y Aprendizaje*. 28 (2): 209-20.

Ceballos, E. y Rodrigo M.J. (1998) Las metas y estrategias de socialización entre padres e hijos. En M.J. Rodrigo y J. Palacios J. (coords) *Familia y desarrollo humano* (225-243) Madrid: Alianza.

Coleman J. C. y Hendry L. B. (2003). *Psicología de la adolescencia*. Madrid: Morata.

Elzo, J., Orizo, F.A., González-Anleo, J., González-Blasco, P., Laespada M. T. y Salazar, L. (2005) *Características Jóvenes Españoles 1999*. Informe Fundación Santa María, 1999.

Elzo J. (2000) *El silencio de los adolescentes. Lo que no cuentan a sus padres*. Madrid: Temas de Hoy.

Gambara, H. y González, E. (2005) ¿Sobre qué deciden los adolescentes? *Infancia y Aprendizaje*, 28 (3): 277-91.

García, M.D., Ramírez, G. y Lima A. (1998) La construcción de valores en la familia. En J.M. Rodrigo y J. Palacios (coords) *Familia y desarrollo humano* (201-221) Madrid: Alianza.

González, M. y Triana, B. (1998) Divorcio, monoparentalidad y nuevos emparejamientos. En: M. J. Rodrigo y J. Palacios (coords). *Familia y desarrollo humano* (373-397) Madrid: Alianza.

Hawkins, J.D., Herrenkohl, T., Farrington, D.P., Brewer, D., Catalano, R. y Harachi, T.W. (1998) A review of predictors of youth violence. En R. Loeber y D. Farrington (eds) *Serious and violent juvenile offenders: Risk factor and successful interventions*. Thousand Oaks, CA: Sage.

Hernández, M., Triana, B. y Rodrigo, G. (2005) Variables personales y contextuales implicadas en la elaboración del concepto explícito de familia. *Infancia y Aprendizaje* 28 (2): 179-90.

Kimmel, D. y Weiner, I. (1998) *La adolescencia: una transición al desarrollo*. Barcelona: Ariel Psicología.

López, F. (1998) Evolución de los vínculos de apego en las relaciones familiares. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (coords) *Familia y desarrollo humano* (117- 139). Madrid: Alianza.

Lutte, G. (1991) *Liberar la adolescencia. La psicología de los jóvenes de hoy*. Barcelona: Herder.

Miranda, A. y Pérez, J. (2005) Socialización familiar, pese a todo. *Libro de ponencias. Congreso Ser Adolescente Hoy* (339-350) Madrid: Fundación ayuda contra la drogadicción.

Montañés, M., Bartolomé, R. y Fernández-Pacheco, G. (2008) Differences between boys and girls in violent behaviour: The role of protective factors. *The 8th Annual Conference of the European Society of Criminology*. Edinburgh, Scotlan, 2nd-5th September. Abstracts, p. 125.

Muñoz-Rivas, M.J. y Graña, J.L. (2001) Factores familiares de riesgo y de protección para el consumo de drogas en adolescentes. *Psicothema*, 13 (1) 87-94.

Musitu, G., Moliner, M., García, F., Molpeceres, M.A., Lila, M.S. y Bedito, M.A. (1994) Estilos de socialización parental y percepción del adolescente: exploración de sus relaciones en una muestra polaca. En G. Musitu (dir.) *Intervención comunitaria* (37-77) Valencia: Cristóbal Serrano.

Oliva, A. y Parra, A. (2001) Autonomía emocional durante la adolescencia. *Psicothema*. 24 (2): 181-96.

Palacios, J., Hidalgo, M.V. y Moreno, M.C. (1998) Familia y vida cotidiana. En M. J. Rodrigo y J. Palacios (coords) *Familia y desarrollo humano* (71-89) Madrid: Alianza.

Ramos, V., Ubierna, A. y Blanco, A. (2008) Evaluación del programa Dédalo de prevención familiar del consumo de drogas en preadolescentes. *International Journal of Developmental and Educational Psychology* 1 (4) 347-354.

Rechea, C., Barberet, R., Montañés, J. y Arroyo, L. (1995) *La delincuencia juvenil en España*. Madrid: Ministerio de Justicia e Interior.

Rodrigo, J.M., Maiquez, M.L., García, M., Mendoza, R., Rubio, A., Martínez, A. y Martín, J.C. (2004) Relaciones padres-hijos y estilos de vida en la adolescencia. *Psicothema*. 16 (2): 203-210.

Rodrigo, M^a.J., García, M., Márquez, M.L. y Triana, B. (2005) Discrepancias entre padres e hijos adolescentes en la frecuencia percibida e intensidad emocional en los conflictos familiares. *Estudios de Psicología*, 26 (1): 21-34.

Rutter, M. y Guiller, H. (1988) *Delincuencia juvenil*. Barcelona: M. Roca.

Santrock, J.W. (2003) *Adolescencia*. Madrid: McGraw-Hill.

Serrano, G., El-Astal, S. y Faro, F. (2004) La adolescencia en España, Palestina y Portugal: análisis comparativo. *Psicothema*, 16 (3): 468-75.

Villar, P., Luengo, M.A., Gómez, J.A. y Romero, E. (2003) Una propuesta de evaluación de variables familiares en la prevención de la conducta problema en la adolescencia. *Psicothema*, 15 (4): 581-8.